

novelas cortas originales de los universos más populares de la ciencia ficción

HORIZONTES LEJANOS

editado por

ROBERT SILVERBERG

GREGORY BENFORD

el centro galáctico

ORSON SCOTT CARD

ender

FREDERICK POHL

los heeche

DAVID BRIN

los pupilos

JOE HALDEMAN

la guerra interminable

DAN SIMMONS

hiperion

GREG BEAR

la vía

ANNE McCAFFREY

la nave que cantó

NANCY KRESS

los insomnes

ROBERT SILVERBERG

roma eterna

URSULA K. LEGUIN

los ecumen

Coordinada y editada por **Robert Silverberg**, *Horizontes lejanos* en una antología excepcional que recoge once novelas cortas escritas expresamente para este volumen por los grandes maestros del género. Aquí podremos encontrar a las figuras, y creaciones, más destacadas de la cf mundial en las últimas dos décadas. Todos ellos vuelven a los personajes y escenarios de los grandes éxitos de sus carreras literarias. Desde los que narran episodios paralelos, pasando por los que recrean la explicación de algún fenómeno aislado, hasta los que cuentan el origen de un protagonista, o aportan un nuevo punto de vista a un personaje principal. Además, y por si todo lo anterior fuera poco, cada autor prologa su novela, poniendo al lector en antecedentes sobre cada uno de sus universos particulares.

En definitiva, una antología indispensable tanto para el seguidor que ha leído toda la obra de un autor (y que aquí tiene un episodio plenamente integrado en la continuidad de la serie) como para el profano que quiere adentrarse por primera vez en el mundo imaginario de algunos de los más destacados escritores de cf de los últimos años.

Para Robert A. Heinlein
Isaac Asimov
John W. Campbell, Jr.

—Ellos mostraron el camino

Introducción

Las mejores ideas de ciencia ficción son las ideas muy grandes que nunca antes se le ocurrieron a nadie, y los escritores a quienes se les ocurren estas ideas tienen con frecuencia segundas ideas sobre ellas, o terceras ideas, o cuartas y quintas. Y así una de las glorias de la ciencia ficción actual la constituyen las extensas series en las cuales el escritor bucea más y más profundamente en su concepto original, hallando nuevas riquezas con cada excavación.

No estoy hablando aquí del tipo de series que James Blish, hace mucho tiempo, llamó series «plantilla», en las cuales el escritor, tras dar con una idea útil y una estructura apropiada para dramatizarla, reproduce provechosamente una y otra vez la idea y el formato, a veces a lo largo de docenas de historias. Esto no es necesariamente condenable: la serie de Sherlock Holmes, por ejemplo, es una serie plantilla que ha proporcionado un gran placer a sus lectores durante más de un siglo, y la similitud fundamental de una historia con respecto a la siguiente y la invariable relación de Holmes y Watson son componentes esenciales de su encanto. Pero en las historias de Holmes no hallamos un incremento en la profundidad del tratamiento de los problemas de la detección del crimen en la Inglaterra victoriana o de la curiosa personalidad de Sherlock Holmes, a medida que avanza la serie. La serie se extiende por autolimitación, no por evolución, como tantas otras series aparecidas en revistas *couché* algo más tarde (*Tugboat Annie*, *Alexander Botts*, etc.), y como la mayoría de los programas de televisión de hoy en día. La mayoría de las historias de las series que publicó tan abundantemente el *Saturday Evening Post*

hace cincuenta y sesenta años han quedado totalmente olvidadas hoy, como lo son las series de televisión de hace dos temporadas; es la superior ingeniosidad de Conan Doyle lo que mantiene viva la serie de Holmes pese a su fórmula subyacente.

También hemos tenido gran cantidad de series-fórmula en la ciencia ficción, desde Tom Swift allá en 1910 y desde las novelas de John Carter en Marte de Edgar Rice Burroughs en los años 20 y desde las epopeyas del Capitán Futuro un par de décadas más tarde hasta el tipo de altamente comerciales historias multivolumen que inundan las librerías de hoy. Algunas de ellas son divertidas, a su manera, aunque una buena parte son mera basura que no hace más que ocupar espacio, en las que una idea trivial es hinchada por medio de soplar y resollar a través de tres (o más) gruesos volúmenes que mantienen a los lectores girando satisfechos una y otra vez alrededor de la misma idea insignificante a lo largo de cientos de miles de palabras. (También tenemos la miríada de novelizaciones de *Star Trek* y *La guerra de las galaxias*, muchas de las cuales cuentan animadas y entretenidas historias pero que, por decreto de diseño y publicación, no hacen nada en absoluto por hacer progresar el concepto de la serie más allá de su punto de arranque).

Sin embargo, tenemos también el otro tipo de series en ciencia ficción, el tipo que empuja al lector a través de una progresión evolutiva del concepto y (a veces) de los personajes, y es sobre ese tipo de series que ha sido construido este libro.

Cualquiera con algunos conocimientos históricos sobre la ciencia ficción puede nombrar docenas de tales series con sólo que se le incite un poco a ello.

E. E. «Doc» Smith, un pionero del formato, estructuró dos de ellas, las novelas de *Skylark* de los años 20 y 30, y la posterior serie de los *Lensman*, una enorme epopeya espacial siempre en expansión. En los años 40 y 50 Robert A.

Heinlein enlazó docenas de historias y novelas en una enorme y básicamente coherente *Historia del futuro*; Poul Anderson una estructura similar propia un par de décadas más tarde; A. E. van Vogt escribió dos deslumbrantes y maravillosas novelas acerca de Gilbert Gosseyn y sus compañeros semánticos del mundo No-A. (Una tercera, mucho menos deslumbrante, siguió décadas más tarde). La serie *Fundación* de Isaac Asimov, la trilogía original y los distintos libros posteriores, examinaban en profundidad el concepto asimoviano de la «psicohistoria» y, a medida que la serie crecía, Asimov terminó enlazándola con su otra y famosa obra, la de los robots positrónicos. Las memorables historias de «Baldy» de Henry Kuttner, recopiladas como *Mutante*, eran admirables ejemplos de lo mismo en forma de historia corta, como lo fueron por supuesto las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. La lista podría continuar a lo largo de muchas páginas, invocando los nombres de Blish, Simak, Clarke, Herbert, Leiber, Cordwainer Smith, y muchos otros héroes del tiempo y del espacio.

Entre todas las yermas muchilogías de expansión infinita de la actualidad, se siguen escribiendo espléndidos libros que forman series de ciencia ficción que evolucionan realmente y penetran cada vez con más profundidad en sus esquemas conceptuales. Lo que he hecho en *Horizontes lejanos* es reunir a la mayoría de los principales practicantes de las series evolutivas de ciencia ficción de hoy y pedirles que escribieran un relato que explorara algún aspecto de su famosa serie que no hubiera hallado cabida en los libros.

Descubrirán que faltan algunos nombres muy conocidos. Me hubiera encantado incluir aquí una nueva historia sobre la *Fundación*, o un nuevo atisbo de la *Historia del futuro* de Heinlein, o una nueva visita al Arrakis de Frank Herbert. Por desgracia, eso no es posible en este continuo en particular. Y un par de escritores aún vivos a los que invité me dijeron que ya habían dicho todo lo que deseaban de-

cir sobre el tema X o Y o Z, una posición que tuve que aplaudir, por mucho que lamentara su negativa.

Pero los que aparecen aquí forman el grupo más impresionante de escritores de ciencia ficción de finales del siglo XX que puede reunirse. Me siento agradecido hacia todos ellos por haberse mostrado dispuestos a examinar una vez más los ambientes y los personajes y las ideas que han proporcionado a tantos lectores un placer tan grande a lo largo de las dos últimas décadas. Un gran concepto de ciencia ficción, como hemos aprendido una y otra vez en el mundo de la ciencia ficción, es inagotable —el infinito siempre lo es—, y aquí toda una pléyade de nuestros mejores escritores nos lo demuestra una vez más para nuestro disfrute.

—*Robert Silverberg*
Mayo de 1998

El Ekumen

Ursula K. Le Guin

- Rocannon's World* (1966)
(*El mundo de Rocannon*, Ed. Bruguera)
- Planet of Exile* (1966)
(*Planeta de exilio*, Ed. Martínez Roca)
- City of Illusions* (1967)
(*La ciudad de las ilusiones*, EDHASA)
- The Left Hand of Darkness* (1969)
(*La mano izquierda de la oscuridad*, Ed. Minotauro)
- The Dispossessed* (1974)
(*Los desposeídos*, Ed. Minotauro)
- The Word for World is Forest* (1976)
(*El nombre del mundo es bosque*, Ed. Minotauro)
- Four Ways to Forgiveness* (1995)
(*Cuatro caminos hacia el perdón*, Ed. Minotauro)

La mayor parte de mi ciencia ficción tiene lugar dentro de un marco histórico futuro. Puesto que se desarrolló a la ventura a lo largo de los diversos libros y relatos, contiene algunas inconsistencias espectaculares, pero el plan general es éste: La gente de un mundo llamado Hain colonizó todo el Brazo de Orión de la galaxia hace más de un millón de años. Todas las especies homínidas encontradas hasta ahora son descendientes de los colonos hainish (a menudo modificados genéticamente para encajar con el planeta colonia o por otras razones).

Tras esta Expansión, los hainish se retiraron a Hain durante cientos de milenios, dejando a su lejana descendencia

cia que se las arreglara por sí misma.

Cuando la gente de la Tierra empezó a explorar el espacio cercano, utilizando naves Casi Tan Rápidas Como la Luz y el comunicador instantáneo llamado el ansible, se toparon con los hainish, que partían de nuevo en busca de sus parientes perdidos. Se formó una Liga de Mundos (ver las novelas *El mundo de Rocannon*, *Planeta de exilio* y *La ciudad de las ilusiones*). Esta Liga se expandió y maduró a una asociación igualitaria de mundos y gente llamada el Ecumen, administrada desde Hain por gente llamada los estables, mientras los móviles partían a explorar mundos desconocidos, descubrir nuevas especies y servir como enviados y embajadores de los mundos miembros.

Las novelas «ecuménicas» son: *La mano izquierda de la oscuridad*, *El nombre del mundo es bosque* y *Los desposeídos*. La mayoría de las historias de ciencia ficción en las colecciones *The Wind's Twelve Quarters* (*Las doce moradas del viento*, EDHASA) y *The Compass Rose* (*La rosa de los vientos*, EDHASA), las tres últimas historias de *A Fisherman of the Inland Sea*, y todas las de *Cuatro caminos hacia el perdón* se hallan situadas en el Ecumen.

Este último libro presentaba los planetas Werel y Yeowe. En Werel, hace tres mil quinientos años, un pueblo agresivo de piel negra dominó las más pálidas razas septentrionales e instituyó una sociedad y una economía basadas en la esclavitud, con castas establecidas según el color de la piel. El primer contacto con el Ecumen asustó a los xenofóbicos werelianos y les hizo desarrollar rápidamente armas y naves especiales, e incidentalmente colonizar Yeowe, el siguiente planeta en dirección a su sol, que explotaron con un intenso trabajo esclavo. Poco después de que Werel admitiera finalmente diplomáticos del Ecumen, se produjo un gran levantamiento de esclavos en Yeowe. Tras treinta años de guerra, Yeowe obtuvo su libertad de la nación dominante de Werel, Voe Deo. La sociedad voe deana se vio desestabilizada por la liberación yeowana, así como por las nuevas

perspectivas ofrecidas por el Ecumen. Al cabo de pocos años, un amplio levantamiento de esclavos en Voe Deo enfrentó a «propietarios» contra «posesiones» en una guerra civil a plena escala. Esta historia tiene lugar bien entrada esa guerra.

—*Ursula K. Le Guin*

Vieja música y las mujeres esclavas

Ursula K. Le Guin

El oficial jefe de Inteligencia de la Embajada Ecuménica en Werel, un hombre que en su mundo natal tenía el nombre de Sohikelwenyanmurkeres Esdan, y que en Voe Deo era conocido por un apodo, Esdardon Aya o Vieja Música, estaba aburrido. Se había necesitado una guerra civil y tres años para aburrirle, pero había llegado al punto donde se refería a sí mismo en los informes ansibles a los estables de Hain como el oficial jefe de estupidez de la Embajada.

Sin embargo, había conseguido mantener algunos enlaces clandestinos con amigos en la Ciudad Libre incluso después de que el Gobierno Legítimo sellara la embajada, no permitiendo el acceso a nadie y no dejando entrar ni salir ninguna información. En el tercer verano de la guerra, acudió al embajador con una petición. A falta de una comunicación fiable con la Embajada, el Mando de Liberación le había preguntado (¿cómo?, quiso saber el embajador; a través de uno de los hombres que les proporcionaba los suministros, explicó) si la embajada permitiría a uno o dos de sus miembros que se deslizaran a través de las líneas y hablaran con ellos, fueran vistos con ellos, a fin de ofrecer pruebas de que pese a la propaganda y a la desinformación, y aunque la embajada estaba en la ciudad de Jit, su

personal no había optado por apoyar a los legítimos sino que permanecía neutral y dispuesto a tratar con cualquier autoridad legítima de cualquier lado.

—¿La ciudad de Jit? —dijo el embajador—. No importa. Pero ¿cómo irás allí?

—Siempre el problema con Utopía —dijo Esdan—. Bueno, puedo pasar con lentes de contacto, si nadie mira de cerca. Cruzar la Divisoria es el problema.

La mayor parte de la gran ciudad todavía estaba físicamente allí, los edificios del gobierno, fábricas y almacenes, la universidad, las atracciones turísticas: el Gran Templo de Tual, la Calle del Teatro, el Mercado Viejo con sus interesantes salas de exposición y la soberbia Sala de Subastas, en desuso desde que la venta y alquiler de bienes había sido trasladada al mercado electrónico; las innumerables calles, avenidas y bulevares, los polvorientos parques sombreados por los árboles beya de flores púrpuras, los kilómetros y kilómetros de tiendas, cobertizos, molinos, senderos, estaciones, edificios de apartamentos, casas, recintos, los barrios, los suburbios, las zonas residenciales. La mayoría de ello aún estaba en pie, con sus quince millones de personas aún allí, pero su profunda complejidad había desaparecido. Las conexiones se habían roto. Ya no se producían interacciones. Un cerebro tras una apoplejía.

La brecha más grande era algo brutal, un golpe de hacha directo a través de la cisura, una tierra de nadie de un kilómetro de ancho de edificios derruidos y calles bloqueadas, cascotes y restos. Al este de la Divisoria era terreno Legítimo: el centro de la ciudad, las oficinas gubernamentales, embajadas, bancos, torres de comunicación, la universidad, los grandes parques y los barrios ricos, las carreteras a los depósitos de armas, acuartelamientos, aeropuertos y espaciopuerto. Al oeste de la Divisoria estaba Ciudad Libre, Polvoville, territorio de Liberación: fábricas, complejos sindicales, los barrios obreros, los viejos barrios residenciales degradados, interminables kilómetros de pequeñas ca-

lles que desembocaban finalmente en las llanuras. Cruzándolos ambos corría la gran autopista este-oeste, vacía.

La gente de Liberación lo sacó con éxito de la embajada y casi a través de la Divisoria. Él y ellos tenían mucha práctica de los viejos días pasando de contrabando artículos a Yeowe y la libertad. Consideró interesante que él fuera ahora el artículo contrabandeado y no uno de los contrabandistas, y descubrió que era mucho más atemorizador pero mucho menos opresivo, puesto que él no era responsable de nada, era el paquete, no el que lo llevaba. Pero en alguna parte en la conexión había habido un eslabón malo.

Entraron a pie en la Divisoria, y a medio camino de cruzarla se detuvieron junto a una pequeña ruina de camión posado sobre sus llantas bajo una casa de apartamentos desventrada. Había un conductor sentado al volante detrás del cuarteado parabrisas, y le sonrió. Su guía le hizo seña de que subiera a la parte de atrás. El camión se puso en marcha como un gato en plena caza, siguiendo una ruta enloquecida, zigzagueando por entre las ruinas. Ya casi habían llegado al otro lado de la Divisoria, abriéndose camino por entre un montón de cascotes que en su tiempo debía de haber sido una calle o una plaza, cuando el camión giró bruscamente, se detuvo, hubo gritos, disparos, abrieron la parte de atrás y varios hombres saltaron dentro.

—Tranquilos —dijo—, sin violencia —porque lo estaban empujando rudamente, sacándolo del camión, retorciéndole los brazos a la espalda. Le quitaron la chaqueta y palmearon todo su cuerpo en busca de armas ocultas, lo arrastraron a un coche que aguardaba al lado del camión. Intentó ver si el conductor del camión estaba muerto pero no pudo mirar antes de que le metieran en el coche.

Era una vieja limusina del gobierno, color rojo oscuro, ancha y larga, hecha para desfiles, para llevar grandes personalidades al Consejo y traer a los embajadores del espaciopuerto. Su sección principal podía ser dividida con una cortina para separar a los pasajeros masculinos de los fe-

meninos, y el compartimento del conductor estaba sellado de modo que los pasajeros no tuvieran que respirar el aire que exhalaba un esclavo.

Uno de los hombres había mantenido su brazo retorcido a su espalda hasta meterlo de cabeza en el coche, y todo lo que pensó, cuando se halló sentado entre dos hombres y frente a otros tres y el coche se puso en marcha, fue: me estoy haciendo demasiado viejo para esto.

Se mantuvo inmóvil, dejando que disminuyeran su miedo y su dolor, todavía no preparado para moverse ni siquiera para frotarse su dolorido hombro, sin mirar demasiado obviamente los rostros que le rodeaban o las calles. Dos miradas de soslayo le dijeron que estaban pasando la calle Rei, iban hacia el este, fuera de la ciudad. Se dio cuenta entonces de que había estado esperando que lo llevaran de vuelta a la embajada. Qué estúpido.

Tenían las calles sólo para ellos, excepto las sorprendidas miradas de la gente de a pie cuando pasaban rápidamente por su lado. Ahora estaban en un amplio bulevar, yendo muy aprisa, siempre hacia el este. Aunque estaba en muy mala situación, no pudo evitar el sentirse absolutamente regocijado por estar simplemente fuera de la embajada, al aire libre en el mundo, y moviéndose aprisa.

Alzó cautelosamente la mano y se masajeó el hombro. Con la misma cautela miró a los hombres que tenía a su lado y enfrente. Todos eran de piel oscura, dos negroazulados. Dos de los hombres que tenía enfrente eran jóvenes. Rostros limpios e impasibles. El tercero era un veot de tercer rango, un oga. Su rostro tenía la tranquila inexpresividad para la que eran entrenados los de su casta. Mirándole, Esdan captó sus ojos. Ambos desviaron la vista al instante.

A Esdan le gustaban los veots. Los veía —soldados además de dueños de esclavos— como parte del viejo Voe Deo, miembros de una especie condenada. Hombres de negocios y burócratas sobrevivirían y medrarían en la Libe-

ración y sin duda hallarían soldados para que lucharan por ellos, pero la casta militar no. Su código de lealtad, honor y austeridad era demasiado parecido al de sus esclavos, con los que compartían la adoración de Kamyé, el Espadachín, el Fiador. ¿Durante cuánto tiempo sobreviviría ese misticismo del sufrimiento a la Liberación? Los veots eran intransigentes vestigios de un orden intolerable. Confiaba en ellos, y raras veces se había sentido decepcionado en su confianza.

El oga era muy negro, muy apuesto, como Teyeo, un veot al que Esdan apreciaba particularmente. Había abandonado Werel mucho antes de la guerra, hacia la Tierra y Hain con su esposa, que sería un móvil del Ecumen uno de esos días. Dentro de unos pocos siglos. Mucho después de que hubiera terminado la guerra, mucho después de que Esdan estuviera muerto. A menos que decidiera seguirles, regresar, volver a casa.

Pensamientos ociosos. Durante una revolución no puedes elegir. Eres arrastrado, una burbuja en una catarata, una chispa en una fogata, un hombre desarmado en un coche con siete hombres armados recorriendo muy aprisa la ancha y vacía Autopista Arterial Este... Estaban abandonando la ciudad. En dirección a las Provincias del Este. El Gobierno Legítimo de Voe Deo se veía ahora reducido a la mitad de la capital y dos provincias, en donde siete de cada ocho personas eran lo que la octava persona, su propietario, llamaba bienes.

Los dos hombres en el compartimento delantero estaban hablando, aunque no podían ser oídos en el compartimento del propietario. Ahora el hombre con cabeza de bala a la derecha de Esdan hizo una pregunta murmurada al oga frente a él, que asintió.

—Oga —dijo Esdan.

Los inexpresivos ojos del veot se posaron en él.

—Necesito orinar.

El hombre no dijo nada y desvió la vista. Ninguno de ellos dijo nada durante un cierto tiempo. Estaban en un mal tramo de la autopista, desgarrado por la lucha durante el primer verano del levantamiento o simplemente no mantenido desde entonces. Los botes y sacudidas eran duros en la vejiga de Esdan.

—Dejemos que el jodido ojos blancos se mee encima —dijo uno de los dos hombres jóvenes frente a él al otro, que sonrió tensamente.

Esdan consideró posibles respuestas, divertidas, irónicas, no ofensivas, no provocativas, y mantuvo la boca cerrada. Aquellos dos sólo deseaban una excusa. Cerró los ojos e intentó relajarse, ser consciente del dolor en su hombro, del dolor en su vejiga, simplemente consciente.

El hombre a su izquierda, al que no podía ver claramente, dijo:

—Conductor. Para aquí.

Usó un interfono. El conductor asintió. El coche redujo la marcha y se salió al arcén, botando horriblemente. Salieron todos del vehículo. Esdan vio que el hombre de su izquierda era también un veot, de segundo rango, un zadyo. Uno de los hombres jóvenes sujetó a Esdan por el brazo cuando salieron, otro clavó una pistola en su hígado. Los otros se quedaron de pie en el polvoriento arcén y orinaron variadamente sobre el polvo, la grava, las raíces de una hilera de raquíuticos árboles. Esdan consiguió abrirse la cremallera pero sus piernas estaban tan agarrotadas y temblorosas que apenas podía mantenerse en pie, y el hombre joven con la pistola había dado un rodeo y ahora estaba de pie ante él con la pistola apuntando directamente a su pene. Había un nudo de dolor en alguna parte entre su vejiga y su pene.

—Apártate un poco —dijo con quejumbrosa irritabilidad—. No quiero mojarte los zapatos.

En vez de ello el hombre joven dio un paso hacia adelante, apuntando directamente su pistola a las ingles de Es-